





PIONEROS,
SOLDADOS
y POETAS
DE LA ARGENTINA





MIGUEL ÁNGEL
DE MARCO



PIONEROS,
SOLDADOS
y POETAS
DE LA ARGENTINA

 *Editorial El Ateneo*

De Marco, Miguel Angel

Pioneros, soldados y poetas de la Argentina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :

El Ateneo, 2014.

352 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-02-0818-5

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 982



Pioneros, soldados y poetas de la Argentina

© Miguel Ángel De Marco, 2014

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© 2013, Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo

Patagones 2463 – (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 – Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: septiembre de 2014

ISBN 978-950-02-0818-5

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en septiembre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
1. LA TRAGEDIA DE LOS ALVEAR	15
2. LOS BELGRANO PERI DE ONEGLIA	19
3. ¡VIVA LA PEPA!	23
4. "LE DIVIDÍ LA CABEZA DE UN TAJO HASTA EL PESCUEZO"	27
5. FRAY CAMILO HENRÍQUEZ, UN PATRIOTA CHILENO, PERIODISTA EN BUENOS AIRES.	31
6. EL GRIEGO NICOLÁS JORGE.	37
7. EL LIBERTADOR Y EL DIRECTOR SUPREMO	41
8. UNA AMISTAD INCONDICIONAL Y FRATERNA: SAN MARTÍN Y GUIDO	49
9. ARRESTADO POR MONTAR A LO GAUCHO	55
10. OLAÑETA Y PEPA MARQUEGUI.	59
11. ÁGUILAS IMPERIALES EN LOS EJÉRCITOS DE LA INDEPENDENCIA .	65
12. MUCHACHOS CABEZAS DURAS	71
13. LA POPULARIDAD DEL ALMIRANTE BROWN	75
14. LA ÉPICA VIDA Y LA TRISTE MUERTE DE LORENZO BARCALA	79
15. EL VALIENTE QUE TEMÍA LA OSCURIDAD	85
16. PRIVACIONES DE LOS PRIMEROS INMIGRANTES CANARIOS Y GALLEGOS	89
17. GIOVANBATISTA CUNEO DIFUNDE LAS IDEAS DE MAZZINI.	95
18. ALEJANDRO DANIEL SE IMPROVISA CIRUJANO.	99

19. EL "MOCITO" ACUÑA	105
20. LA ÚLTIMA MORADA DE BERNARDINO RIVADAVIA.....	111
21. ALFRED BROSSARD TRAZA EL RETRATO DE JUAN MANUEL DE ROSAS	117
22. LA BANDERA DE ITALIA ONDEA EN BUENOS AIRES	125
23. EL DRAMÁTICO FIN DE UN MÉDICO POETA	129
24. HILARIO ASCASUBI, "MOZO PÍCARO", BARDO Y SOLDADO	133
25. DON BENITO HORTELANO VERSUS DON DOMINGO SARMIENTO	139
26. LA FUNDACIÓN DEL PRIMER HOSPITAL ITALIANO DE LA ARGENTINA	145
27. MITRE Y SARMIENTO, SEGÚN BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA ..	151
28. EL SENADOR SEVERO GONZÁLEZ.....	157
29. ESPERANZA, LA PRIMERA COLONIA AGRÍCOLA.....	161
30. HONRAS A SAN MARTÍN EN EL ANTIGUO CONGRESO DE LA NACIÓN.....	167
31. EL POETA PEDRO NICOLÓRICH.....	171
32. JOSÉ ANTONIO PÁEZ EXALTA LAS IDEAS EDUCATIVAS DE SARMIENTO	175
33. LUIS PIEDRA BUENA, CENTINELA DE LOS MARES DEL SUR.....	179
34. EL BATALLÓN DE MARTÍN FIERRO.....	183
35. SOLDADO VALIENTE Y MÚSICO NOTABLE	189
36. HEROÍSMO E INFORTUNIO EN PAYSANDÚ	193
37. EL ALFÉREZ CARLOS PELLEGRINI	201
38. EL PINTOR DE LA GUERRA DEL PARAGUAY	207
39. DOS MADRES QUE ENGENDRARON HÉROES	211
40. EL GENERAL GAÚCHO.....	215
41. EL HÉROE DE LOMAS VALENTINAS	219
42. MÁS QUE VALOR, MORTAL TEMERIDAD.....	225
43. JOSÉ CLEMENTINO SOTO, UN PERIODISTA OLVIDADO.....	229
44. LOS RECUERDOS DE UN MARINO GENOVÉS.....	235
45. EL INJUSTO FUSILAMIENTO DEL GAUCHO CABITUNA	239
46. LAS PERIPECIAS DEL COMANDANTE PRADO	243
47. JUEZ POR LAS CIRCUNSTANCIAS	247

48. SARMIENTO EN MONTEVIDEO	253
49. ALBERDI, EL CONSTRUCTOR	257
50. ALBERDI Y EL PAPA	261
51. NICASIO OROÑO Y SU CONSIGNA DE POBLAR EL DESIERTO	267
52. UN INSPIRADOR DEL <i>MARTÍN FIERRO</i>	273
53. CARLOS GUIDO Y SPANO	279
54. "NUESTRAS ARMAS SE COMPONÍAN DE DOS TINTEROS Y VARIAS PLUMAS"	283
55. PABLO RICCHERI, CADETE DEL COLEGIO MILITAR	287
56. CAPDEVILA Y LEVALLE	293
57. TIRADORES INFALIBLES	299
58. MITRE, ACADÉMICO EN ESPAÑA	305
59. CARLOS CASADO Y EL SUBMARINO DE ISAAC PERAL	313
60. ROQUE SÁENZ PEÑA Y LA GUERRA DE CUBA	317
61. VIEJA Y GLORIOSA FRAGATA	323
62. UN SINCERO AMIGO DE LA ARGENTINA	327
63. CUANDO LA INFANTA ISABEL VINO A LA ARGENTINA	333
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	339



*A mi nieta belga Solana Raxhon De Marco,
para que ame esta, su segunda patria.*





INTRODUCCIÓN

Estas páginas están dedicadas a todos los lectores interesados en conocer personajes y episodios del pasado generalmente ausentes en los manuales y en los libros eruditos. De hecho, en *Pioneros, soldados y poetas de la Argentina* se privilegia la *petite stoire*. Si bien hay narraciones que se refieren a hechos protagonizados por personalidades de primera línea, mi objetivo es sacar a la superficie, como lo he hecho en otras obras, figuras de segunda fila que también merecen un lugar en el recuerdo de los lectores.

En la Argentina, por muchos años, parecieron poco menos que incompatibles la investigación y la difusión del pretérito. El historiador formado en las universidades y fogueado en la tesonera búsqueda en las bibliotecas y los archivos solía considerar que el fruto de sus estudios solo merecía ser volcado en las revistas especializadas o en obras donde quedara demostrada su erudición.

Autor de un considerable número de libros destinados al mundo académico, dediqué sin embargo parte de mi labor a la divulgación, convencido de que debía cooperar, como historiador y ciudadano, a lo que ha sido llamado “función social de la historia”. Tal tarea implica difundir el ayer con equilibrio y honradez, descartando las interpretaciones maniqueas o infundadas, que pueden incrementar el número de lectores, pero que en nada ayudan a explicar y comprender las acciones de quienes nos precedieron.

Más allá de las definiciones y de los enunciados sobre el objeto de la disciplina en que se encuadran estas aguafuertes, desde el poético

axioma de Cicerón, “testigo del tiempo, luz de la verdad, memoria de la vida, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad”, resulta incontestable la afirmación de Benedetto Croce de que “la historia está implicada en el presente”, por lo que cada individuo y cada pueblo debe conocer la suya, dentro del contexto más amplio y complejo del globalizado mundo en que vive.

Los breves capítulos que siguen se refieren al siglo XIX o apenas penetran en la pasada centuria, no solo porque ese período es el de mis preferencias como profesor e investigador, sino porque aliento el propósito de escribir más adelante sobre hechos y protagonistas más cercanos. Hay en este libro relatos que se refieren a la faz épica de nuestro pasado, pero también campea en sus páginas la evocación de hazañas cívicas, a lo largo de ese turbulento y trágico siglo XIX en el cual se echaron, a fuerza de empeño y patriotismo, las bases de la Argentina moderna.

En un arco que cubre dicha etapa, desde la rememoración del trágico fin de la familia de Diego de Alvear, que lograron eludir él y su hijo, el futuro director supremo de las Provincias Unidas, hasta el recuerdo de los festejos del Centenario de Mayo a través de su figura más emblemática, la infanta Isabel de España, se desarrollan episodios que reflejan los hábitos, las grandezas y las miserias de mujeres y hombres que luchaban contra las enfermedades, las enormes distancias, los malones indios, las largas y cruentas guerras fratricidas y las no menos traumáticas contiendas exteriores en las que se vio envuelta la República Argentina.

Determinados episodios, esbozos biográficos o textos que integran este volumen resultarán conocidos para los estudiosos, y es natural que así sea, por el origen de cada estampa y por el criterio con que fueron reunidas, pero aliento la esperanza de que sean novedosos para el gran público, tan necesitado de afianzar el sentimiento de patria contemplando un pasado que nos identifica y explica.

LA TRAGEDIA DE LOS ALVEAR

Don Diego de Alvear y Ponce de León decidió regresar a la Península después de prolongados servicios en el Plata. Oficial de la Real Armada en los tiempos en que España desarrolló una intensa e infatigable labor en pro de la ciencia, enviando múltiples expediciones que cubrieron prácticamente todos los campos, don Diego había estado en Filipinas, a las órdenes de José de Mazarredo, donde efectuó observaciones lunares. Más tarde había llegado a Buenos Aires para participar, como primer comisario y astrónomo, en las tareas de demarcación de límites dispuesta en el Tratado de San Ildefonso. Junto a Félix de Azara, Varela, Aguirre y otros estudiosos había cumplido una ingente labor que le había merecido sucesivos ascensos, hasta obtener los despachos de capitán de navío, sin importarle que, para cumplir su cometido, tuviera que vivir al borde de la selva con su joven esposa, María Josefa Balbastro, y sus pequeños hijos.

En 1801 se instaló en la capital del Virreinato, dispuesto a gozar de la comodidad y el sosiego que le brindaban, más que su magro sueldo de jefe de la armada, la solvencia económica de su mujer; tres años después, logró un permiso para regresar a España. Lo ilusionaba la idea de volver a su tierra y, sobre todo, de dar cumplida educación a sus hijos, en especial a Carlos Antonio (algunos insisten aún en llamarlo “Carlos María”), que mostraba inteligencia, pero le daba no pocas preocupaciones por su carácter díscolo y altivo.

En agosto de 1804 zarpó del Plata una división al mando del brigadier de marina José Bustamante y Guerra, que venía del Perú transportando cinco millones de duros pertenecientes a la corona, al comercio y a los jefes, los oficiales y la tripulación de las cuatro fragatas que la constituían: *Medea*, *Fama*, *Mercedes* y *Clara*. Don Diego embarcó con los suyos en la *Mercedes*, sin mando, pues iba en uso de licencia, y hubiese permanecido en ese buque si la enfermedad del mayor general no lo hubiera obligado a reemplazarlo, según lo establecía la ordenanza. Pasó a la *Medea*, que era la nave insignia, dejando a su familia en el buque en que se hallaba.

El alejamiento del padre, único que podía mantenerlo sujeto, soltó las amarras de la cordura de Carlos, que a sus quince años y pese a vestir el uniforme de cadete de Dragones de Buenos Aires, mortificaba con sus pesadas bromas a oficiales y tripulantes, reñía con sus hermanos y daba constantes sofocones y disgustos a su madre. Esta, finalmente, optó por pasarlo a la *Medea* para que don Diego lo pusiese en cintura.

La navegación se había cumplido sin novedad hasta las proximidades de las costas españolas, donde una súbita y maligna fiebre se abatió sobre la marinería. Los médicos de cada fragata se reunieron en la capitana para adoptar medidas contra la epidemia, mientras los comandantes se aprestaban a echar el ancla en Cádiz. Se divisaban ya las sierras de Mouchique, en el amanecer del 5 de octubre de 1804, cuando el capitán de la *Clara* advirtió la presencia de cuatro veleros de bandera inglesa. En previsión de que fuesen de guerra, y no obstante la confirmación que acababan de recibir del capitán de un queche dinamqués, de que no se registraban hostilidades entre España y Gran Bretaña, se dispuso que toda la división se aprestara para la lucha. Cada fragata inglesa se puso frente a una española, y tras un cañonazo de advertencia, la capitana británica echó un bote con un oficial para que abordara la *Medea* e intimara prisión a Bustamante y Guerra. Este,

enfermo, reunió en su cámara a sus oficiales, quienes, según Diego de Alvear, se decidieron “por el partido más glorioso del combate antes que ir a otros puertos que los de la península, como se lo ordenaba el rey y exigía el honor”.

Comenzó la acción y los buques británicos, superiores en artillería, barrieron las cubiertas, troncharon las arboladuras y desmontaron los cañones de los barcos españoles que, pese a todo, seguían resistiendo fieramente. De pronto, “saltó la *Mercedes* por los aires, con estruendo horrible, cubriéndonos con una especie de lluvia de ruinas y de humo”, como dijo el capitán Alvear. En la fragata iban, como se ha dicho, la esposa y los hijos del capitán. Su desesperación y el llanto de su hijo Carlos no le impidieron continuar la lucha hasta que no hubo otra salida que arriar el pabellón. De inmediato se lanzaron botes en busca de náufragos, pero, entre los cincuenta que habían logrado aferrarse a las tablas hechas astillas de la *Mercedes*, no estaban los Alvear. El padre de familia lo expresó con estoica sencillez:

En los que se cuenta la familia del mayor que escribe este diario, compuesta de su mujer María Josefa Balbastro; cuatro niños: Manuela, Zacarías, María Josefa, Juliana, y tres niños: Ildefonso, Francisco Solano y Francisco de Borja, que eran siete hijos que iban con su madre, no pasando ninguno de los diecinueve años de edad; un sobrino y un dependiente; cinco esclavos sirvientes –el padre y cuatro hijos–, no restándole al enunciado, de tal infeliz desastre, más hijo que Carlos Antonio, cadete de Dragones de Buenos Aires, que le acompañaba en la *Medea*, habiendo perdido también en el servicio de Su Majestad a un hijo mayor en la peste de Cádiz cuando apenas principiaba la carrera militar en el Cuerpo de Reales Guardias Marinas del Departamento de Cádiz.

Don Diego, Carlos –el futuro director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata–, el niño Tomás de Iriarte, que algunas décadas más tarde llegaría a general del ejército argentino y dejaría una dramática mención del trágico suceso en sus célebres *Memorias*, así como otros jefes, oficiales, tripulantes y pasajeros, fueron conducidos a Portsmouth donde se los mantuvo, gozando de una razonable pensión, en calidad de prisioneros. Los Alvear fueron objeto de muestras de conmiseración y aprecio por la desgracia sufrida, y la nobleza los invitó reiteradamente a “fiestas y convites de mesa”, a la vez que les hizo “mil obsequios” para que “nuestra situación fuera menos triste y penosa”. El rey Jorge III se interesó por su suerte y el ministro Canning les devolvió sigilosamente las doce mil libras que les pertenecían y que habían sido capturadas con el resto del botín.

No pasó mucho tiempo sin que se les permitiera partir. Don Diego, tras guardar escaso luto, contrajo nuevas nupcias, once meses después del desastre, con la inglesa Louise Rebecca Ward, en cuya compañía y la de su hijo Carlos pasó a Portugal y de ahí a la casa solariega de Montilla. Nuevos vástagos ocuparon el corazón de Alvear, sin borrar la memoria de los que había perdido. El inquieto muchacho, cuyas travesuras le habían salvado la vida, sentó plaza en los Carabineros Reales, hasta que decidió volver a Buenos Aires con San Martín, Zapiola, Chilavert y Holmberg. Iba a su lado una bella muchacha: la gaditana Carmencita Quintanilla, con quien acababa de casarse. Y mientras don Diego alcanzaba el grado de brigadier, escribía sesudas obras y moría en activa ancianidad, Carlos consumaba su contradictoria y discutida trayectoria terrena como político, general y diplomático de la República Argentina.